

Formas de representación en la arquitectura del siglo XIX en Buenos Aires: los mercados de abasto

PICCIONI, Raúl E. / Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Teoría e Historia del Arte "Julio E. Payró" (UBA, FFyL, ITHA "Julio E. Payró") – raul_piccioni@yahoo.com.ar

Eje 4. Representación monumental, opinión y espacio público

Tipo de trabajo: ponencia

Palabras clave: representación – mercados de abasto – tipologías

Resumen

El presente trabajo tiene como objetivo principal analizar las estrategias seguidas por los arquitectos locales a la hora de proyectar edificios con usos específicos de los cuales no había experiencia en nuestro territorio. El análisis de los mercados de abasto en Buenos Aires nos permitió descubrir características propias en dichas construcciones que nos diferencian tanto de la tratadística como de las prácticas seguidas en Europa, de donde provenían gran parte de los profesionales que ejercieron su actividad en nuestro territorio. Además, en esta ponencia traté de relacionar los conocimientos técnicos de una disciplina como la arquitectura con significados simbólicos y sobre, todo como la traducción de la memoria de un grupo colectivo se puede poner por encima de los conocimientos que arrastran los principios profesionales. Para nosotros, el recuerdo de la antigua plaza del mercado con su recova se resignificó en las fachadas y las tipologías adoptadas para los nuevos mercados a construir.

En estas últimas décadas los estudios sobre la arquitectura del siglo XIX en la Argentina han avanzado enormemente. Vale citar, como ejemplos representativos, los trabajos sobre el período rosista de Frenando Aliata y los de Claudia Schmidt sobre la arquitectura de la presidencia del Julio A. Roca, entre muchos otros. En estos trabajos se le ha prestado mucha atención a la arquitectura pública gubernamental, a la arquitectura religiosa, a los edificios de esparcimiento y a los problemas de la vivienda tanto popular

como a las grandes residencias. Pero en estos trabajos sigue estando ausente la preocupación por los edificios comerciales.

Uno de los objetivos del presente trabajo es determinar si hubo en nuestro territorio la utilización de tipologías arquitectónicas específicas para este tema y si en ellas encontramos el uso mayoritario por alguna de ellas. Por otro lado, buscamos determinar si esas tipologías nos remiten o no a los modelos empleado en Europa en esas décadas.

Mis búsquedas, mediante la elección de estos ejemplos, se insertan en mis propias preocupaciones sobre algunos problemas de la producción arquitectónica en la Argentina en el siglo XIX. En este caso, mi objetivo centra se centró en la búsqueda de los modelos arquitectónicos que sirvieron de referencia para la producción local.

La razón de mi elección radicó en el hecho de que en la realización de este tipo de edificios comerciales se condensan temas que pertenecen específicamente al campo de la arquitectura con otros que podemos ubicar en el campo simbólico.

Mi hipótesis principal central radica en el hecho de que las formas que adquirieron la arquitectura de estos edificios singulares no solo respondieron a problemas funcionales o a modelos decorativos derivados directamente de la producción europea. Las formas utilizadas localmente, sobre todo en la primera mitad del siglo XIX, pusieron de manifiesto referencias al tipo de mercado adoptado durante la dominación española y que luego de la caída el régimen, quedó de alguna manera, su recuerdo impreso en las nuevas construcciones de mercados. Eses recuerdo traduce, en clave de arquitectura, las reminiscencias del viejo mercado de la plaza española y del edificio denominado recova vieja.

Esas reminiscencias, a mi criterio, llevaron a plantear una solución original para ese tipo de edificios en el medio local, que se alejó de la imitación de los modelos europeos en el tema, bastante estudiado por Nikolas Pevsner (1979) más allá de que tomaran algunas referencias estilísticas de los mismos.

La historia de los edificios construidos para mercados de alimentos nos remite, a nivel internacional, a la antigüedad clásica. Las Stoas, especies de galerías cubiertas con locales en uno o dos pisos constituyen, como la Stoa de Átalo del siglo II a.c., uno de los primeros ejemplos conocidos del tema. Las ciudades importantes de la antigua Roma contaban con sus mercados ubicados en el foro siendo el levantado por el emperador Trajano el más imponente de todos. Esta resultó ser una imponente obra que albergaba más de cuatrocientos locales de venta, ubicada junto al foro levantado por el mismo emperador. El complejo tenía varios pisos y su forma era compleja, destacándose su frente semicircular. Si embargo estas construcciones antiguas no generaron tipología y sus formas no fueron imitadas en los siglos subsiguientes, pese a que el mercado de Trajano se mantuvo en pie hasta nuestros días

En Europa, entre los siglos XIV y XVIII se dieron varias soluciones diferentes para albergar las funciones de mercados. En estas encontramos desde grandes naves cubiertas, como los de Saint Pierre-sur Dives, del siglo XIII o Richelieu, de 1630 en Francia. En los Países Bajos se dieron otras soluciones como la empleada en los halls de Brujas, en la que el mercado se ubicaba en la planta bajas del ayuntamiento. Estos ejemplos de mercados los ubicamos en general en ciudades comerciales prósperas, en incluso estos edificios no se emplearon solo para mercados de abasto de alimentos sino también para la venta de otros productos como la lana.

Sin embargo, durante estos siglos el modelo que más se empleó en las ciudades europeas fue el del mercado al aire libre rodeado de puestos o tiendas a menudo conectado con la zona mediante arcadas.

Este último fue el modelo que se utilizó en nuestro territorio, y más específicamente en la ciudad de Buenos Aires, durante los siglos de la dominación española. Durante el virreinato, las actividades comerciales de este tipo eran realizadas en la Plaza Mayor, en cuyo terreno paraban las carretas que venían de la campaña con «frutos del país» que eran allí mismo comercializados. Con el tiempo y el crecimiento de la ciudad se fueron haciendo necesarias las aperturas de nuevas plazas para cubrir dicha función y así se gestaron los mercados de Once y Constitución. Las imágenes de la Plaza del Mercado quedaron registradas en las acuarelas realizadas por el marino Emeric E. Vidal, en el año 1818 (figura 1) que fueron reproducidas en muchas ediciones europeas que registraban expediciones a la América del Sur.

Esta función de abasto que adquiría la plaza principal de la ciudad generaba consecuencias negativas de higiene y estéticas. Por estas razones en el año 1802, la corona española construyó un edificio para albergar puestos de venta contiguo al mercado y dividiendo físicamente la plaza mayor en dos. El proyecto fue realizado por el alarife Augusto Conde bajo la dirección de J. B. Segismundo y el mismo consistía en dos hileras de locales en forma continua, uno al norte y otro al sur. Ambas construcciones fueron unidas entre sí, en el año 1804, por un gran arco clásico de medio punto (a la manera de arco triunfal), que permitía pasar de una plaza a la otra. El lenguaje clásico y el uso de arcadas en el frente y contrafrente de este sirvieron para darle jerarquía a esta recova, que se mantuvo en pie hasta la década de 1880. Sin embargo, esta idea no tuvo una resolución positiva porque la falta de control por parte del gobierno provocó que los locales fuesen ocupados por tiendas en lugar de puestos de venta de alimentos, los que siguieron ocupando la plaza.

Los mercados de abasto, como arquitectura específica construida para una función particular, aparecieron en nuestro territorio, y más específicamente en la ciudad de Buenos Aires, en la década de 1820 formando parte de las reformas de control físico e higiénico de



Figura 1. La plaza del mercado (tomada de una acuarela de E. E. Vidal, 1818)

la ciudad. Estas fueron llevadas a cabo por el entonces ministro de gobierno de Martín Rodríguez, Bernardino Rivadavia. Las mismas tenían, por un lado, la voluntad de proteger la salud física de los habitantes que circulaban por la ciudad buscando regular una estética de carácter austero como símbolo de representación república. Para ello redactó ordenanzas que regulan tanto la circulación como los aspectos estéticos y la seguridad constructivas de las frentes de las construcciones. Por otro lado, se preocupó por la salud de los habitantes urbanos, sacando a las afueras de la ciudad las industrias malsanas y los hospitales además de otras medidas que mejorasen la salud y la higiene de la población de Buenos Aires, tal como lo ha señalado Fernando Aliata (2006). Entre estas medidas de carácter higiénico se encontraba el cierre de la plaza frente al fuerte como espacio de venta de alimentos y la construcción de edificios específicos para la función de abasto, que debía contar con un control de policía que regulaba los que allí se vendía. El proyecto incluía la construcción de tres mercados, de los cuales sólo uno se concretó, el denominado mercado del Centro, pero conocemos un dibujo de uno de los otros dos que nos permiten sostener nuestra hipótesis.

Con la creación del Mercado del Centro, se liberó a la plaza de sus funciones comerciales a la vez que, mediante un control por parte de la policía y a la redacción de un reglamento, se mejoraron las condiciones higiénicas de la venta alimenticia.

El mercado se comenzó a construir en 1822 utilizando como base las instalaciones del cuartel de la «ranchería» que había albergado a los antiguos regimientos de artillería y

fijo de infantería, de acuerdo con el proyecto confeccionado por el jefe del Departamento de Ingenieros Arquitecto, Prospero Catelin.

El edificio en sí consistía en una serie de galpones longitudinales, ubicados mediante una organización ortogonal, emplazados en el sector sudoeste de la parte interior de la manzana citada, según nos muestra el dibujo registrado en el catastro Beare de 1860. Según la documentación existente en el Archivo General de la Nación y en las notas aparecidas en los diarios de la época, los galpones, dos de 350 y el otro de 220 varas cuadradas, estaban contruidos en mampostería con techos en doble pendiente realizados con tres hiladas de ladrillos, las dos primeras asentadas con cal y la tercera con argamasa, y 189 postes de madera de yandubay. Además fueron utilizadas en la obra alrededor de 100 puertas de madera (con marco de algarrobo o roble, umbral de urunday y hoja de pino colorado), con sus herrajes correspondiente y que fueron pintadas de verde.

Sobre las paredes que rodeaban los galpones se construyeron arcadas que contenían puestos en la parte inferior y en uno de los sectores también tenía un piso superior con habitaciones con puertas (en coincidencia con los arcos inferiores) que daban a un balcón corrido orientado hacia el interior del conjunto. Finalmente, las antiguas portadas que daban a la plazuela de la ranchería tuvieron que ser demolidas.

Para todos estos trabajos se requirió mucha mano de obra y la participación, tanto de empresarios como de pequeños artesanos que fueron ayudados económicamente por el mismo gobierno. El costo final de este emprendimiento llegó a la suma de 60.000 pesos y el empedrado de las calles a 29.000 pesos, que comprendía 90 cuartos y 82 puestos abrazando los galpones. Un dato de la magnitud de la obra lo da el hecho de que en la carnicería del mismo había ganchos para colocar 250 reses vacunas y una proporción similar de otras carnes (cerdos, carneros, etc.). El complejo contaba además con un puesto de guardia y una oficina de policía para su control. El mercado fue inaugurado la noche del 23 de agosto de 1853, con un acto decorado con una «armoniosa iluminación» y la participación de dos músicos militares.

Para favorecer los intereses comerciales de los puesteros, el establecimiento contaba con un radio de seis cuadras a la redonda en los que se prohibía la venta de carne, frutas y verduras. Sólo en la Plaza Monserrat se admitía todavía el estacionamiento de carreteas para la venta de alimentos.

Por tratarse de una obra en la que se recicla otra más antigua, la misma no nos sirve para sostener nuestras hipótesis. Sin embargo, el tercer proyecto de mercado de abasto, propuesto por Rivadavia para la calle San José en el barrio de Constitución de 1828, es un ejemplo que nos permite mostrar el problema que planteamos en este trabajo.

Del proyecto de Mercado San José sólo queda un dibujo de su fachada, suficiente para ejemplificar lo que queremos demostrar (figura 2). La misma nos muestra un edificio de



Figura 2. Mercado para la calle San José (1828)

una sola planta, con una doble altura en el sector central que sirve de acceso al interior del mercado. El lenguaje arquitectónico utilizado es el clásico con alto grado de austeridad, caracterizado por el uso de los arcos de medio punto y un frontón triangular coronando el sector central. Las similitudes con la recova del período colonial son muy evidentes, con algunas pocas diferencias. En lugar del gran arco triunfal que permitía el acceso desde la plaza de la victoria a la plaza del mercado, en este caso se utilizaron dos arcos, uno abajo y otro arriba, estando este último coronado con un frontón triangular. La utilización de la doble altura en el sector de acceso solamente cumple el mismo efecto que el gran arco que tenía la construcción española. A los laterales de ese acceso se encuentran una serie de arcos de medio punto que tienen la función de ser el acceso a los locales comerciales, de la misma manera que tenían en la vieja recova.

Pero estas reminiscencias a la recova no la vamos a encontrar en esta sola obra, sino que en gran parte de los mercados construidos no sólo en la primera mitad del siglo sino también en algunos inaugurados a finales del siglo XIX.

Otro ejemplo interesante lo constituye el proyecto para un mercado en la esquina de las calles México y Zeballos presentado por empresarios particulares en el año 1882. Si bien nunca se materializó, se conserva su plano en la Dirección de Patrimonio del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires (figura 3). En el plano se ve claramente la utilización de un cuerpo de locales, uno al lado del otro, a modo de fachada. Cada uno de ellos les correspondía un arco de medio punto como frente. Estos locales no se conectaban con el interior del mercado sino solamente con el exterior. Al mercado, pensado a la manera de plaza cerrada con puesto para la venta de alimentos, a los que se accedía por tres arcos de

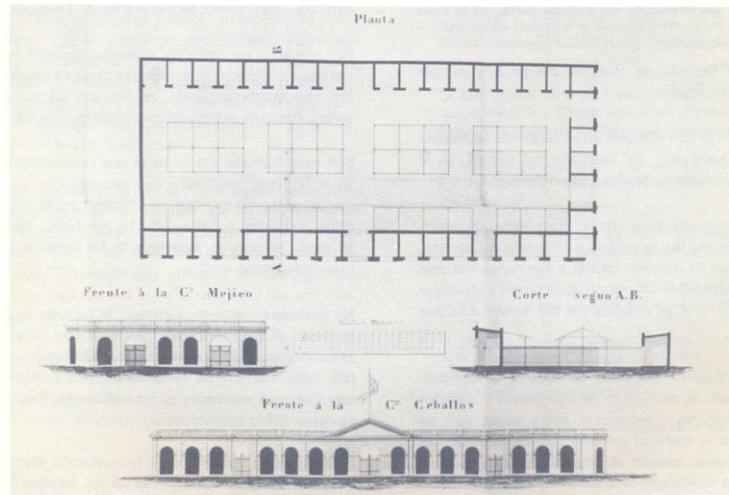


Figura 3. Mercado calles México y Zeballos (1862)

medio punto. El central y principal, estaba coronado por un frontón de triangular que jerarquizaba dicho acceso.

Mercados con este tipo de resolución para su frente (cuerpo de fachada y lenguaje clásico), lo encontramos en numerosos ejemplos anteriores y posteriores, entre los que podemos mencionar al mercado Comercio de 1861, que se ubicaba en la actual Plaza Dorrego, propuesta de los empresarios particulares Clavel y Dejean, en San Telmo, en el cual el frontón que jerarquizaba la entrada fue reemplazado por un grupo escultórico que representaba alegóricamente al comercio y al progreso. También los mercados Solís (1889), Güemes (1897) y San Telmo (1897) (figura 4) recurrieron a la misma estructura, pese a que ya la vieja recova ya había sido demolida. Es decir, los ejemplos construidos en las décadas anteriores habían determinado una tipología propia para los mercados locales que no respondía a la tradición europea, expresada en algunos tratados del siglo XIX, como el de Paul Bruyère de 1823.¹

La otra imagen que nos referencian con la plaza del mercado colonial la encontramos en el concepto de plaza cerrada, es decir un espacio abierto rodeado en el que se instalan puestos para la venta de alimento en lugar de las carretas que se ubicaban en la vieja plaza frente al fuerte, que vemos en diferentes mercados del siglo XIX.

Uno de los ejemplos más tempranos no encontramos en el denominado Mercado Independencia, actualmente demolido. Su planta la encontramos reproducida en el primer catastro de la ciudad de Buenos Aires, realizado por el ingeniero Pedro Beare entre los años 1862-1872.

¹ Cfr. Bruyère, P. (1823). *Études relatives a l'art des constructions*. Paris: Bance éditeur



Figura 4. Mercado San Telmo (1897)

Su historia comenzó en el año 1860 cuando un grupo de vecinos se organizaron para establecer un mercado en la plaza de la Independencia, que como hemos señalado, era bastante frecuente la utilización de esos espacios públicos para este fin. A través de una noticia aparecida en el diario *El Nacional* del 28 de marzo de 1862, podemos saber que el agrupamiento de vecinos sigue adelante con su idea, recogiendo firmas de otros vecinos y elevando su solicitud a la Municipalidad. Esta aceptó la propuesta de construir un mercado en dicha plaza, que contaría con las mismas condiciones que fueron concedidas algunos años atrás al mercado «Comercio», pero dicha concesión quedó suspendida a raíz de la sanción de la ordenanza que en ese año prohibió la instalación de mercados en plazas públicas, que ya hemos mencionado.

Pero el esfuerzo de los vecinos, que buscaban tener una provisión de alimentos frescos y baratos, no quedó en vano. En 1864 una nueva noticia del diario nos da cuenta de la intención de una empresa particular de construir un mercado de abasto en el barrio de la Concepción (tal como se lo denominaba en esos años), en la esquina de las calles Estados Unidos y Lima. Sin embargo, este primer intento empresarial sufrió su primer revés al pasar a manos de uno de los herederos del antiguo propietario, el edificio que iba a servir para este mercado de la Concepción. El cronista del diario *El Nacional* mantenía la ilusión de que se vendiese la finca a los interesados en el emprendimiento comercial.

Pero por lo que podemos ver, este deseo no se cumplió y los empresarios debieron recurrir a otro lote para levantar el mercado que finalmente se construyó en la esquina de las calles Independencia y Lima, en un terreno municipal, muy cerca de la plaza Independencia donde originalmente se lo pensaba erigir. La inauguración se realizó el 29 de abril de 1866, antes de lo previsto originalmente por la empresa constructora, para celebrar tanto un triunfo del progreso, como implicaba para esos momentos un edificio de este tipo y

a su vez uno de los triunfos del ejército nacional en la guerra del Paraguay. La ceremonia de apertura contó, como ya era costumbre, con el estruendo de bombas y cohetes en un clima de distensión que hicieron olvidar por momentos la cruenta guerra.

Al examinar su planta vemos que se mantiene el concepto de una plaza rodeada en cuya parte central se ubicaba los rudimentarios puestos, dejando un pasaje sin cobertura entre la estructura del frente y los puestos. Estos puestos de madera cumplirían con la función que tenían las carretas en la vieja plaza del Virreinato.

Una solución similar, que ya mencionamos, fue la adoptada para el mercado de las calles Zeballos y México, de la misma década. Otros mercados hasta fin del siglo XIX todavía incluían el concepto de plaza cerrada, pero con el tiempo las calles abiertas que rodeaban los núcleos centrales fueron techándose y de esta manera perdiendo el carácter original para convertirse en una nave techada. Sin embargo, en mercados como el de San Telmo aún se percibe desde el exterior las diferencias entre la clásica fachada de mampostería con las formas interiores de hierro fundido y chapa.

Lo más interesante, en lo relativo a las formas adoptadas para los mercados, radica en el hecho de que las mayores variantes tipológicas y formales se fueron dando desde mediados de la década de 1880 hasta finales de siglo. Esto coincide con la demolición de la recova vieja producida durante la intendencia de Torcuato de Alvear, en 1884. La desaparición del ícono referencial le dio a los arquitectos y empresarios más libertad de elección y de esta manera surgieron expresiones nuevas para los mercados. Un ejemplo de ello lo constituye el mercado del Pilar sobre la calle Santa Fe (ya demolido), que retoma la tipología de la nave rectangular techada de las viejas construcción del norte de Europa. En él también desapareció el cuerpo de fachada, reemplazado por una simple pared y el lenguaje expresivo resultó más decorativo que el austero clásico de comienzos de siglo.

Como hemos intentado demostrar, la experiencia en Argentina y más particularmente en Buenos Aires fue muy distinta, por lo menos hasta la década de 1880, de la que contemporáneamente se estaba planteando en Europa. Encontramos en ellos pocas referencias a los tratados de arquitectura europeos, como los de Bruyère o Durand y los grandes proyectos, como los Halls de Paris de Victor Baltard o las propuestas de Horeau no impactaron en nuestro territorio.

Referencias

- Aliata, F. (2006). *La ciudad regular*. Bernal, Argentina: Universidad de Quilmes / Prometeo.
- Del Carril, B. Aguirre Saravia, A. (1982). *Iconografía de Buenos Aires*. Buenos Aires, Argentina: Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires
- Pevsner, N. (1979). *Historia de los tipos arquitectónicos*. Barcelona, España: Gustavo Gilli.